

EL OBSERVADOR DEL MUNDO: LA NOCIÓN DE ESCISIÓN EN FERENCZI*).

Julio Sergio Verztman

RESUMEN

Se discute la noción de escisión de Ferenczi, comparándola con las de las teorías Freudianas sobre el tema, verificando su importancia en la práctica clínica contemporánea. La hipótesis que sirve como eje de trabajo es la que supone una escisión como resultado de una discontinuidad radical entre las figuras discursivas de primera y de tercera persona. En función de esta continuidad se construye una organización psicológica pautada por el rol de *observador del mundo* y por la *culpa de ser*.

Palabras claves: Ferenczi, escisión, melancolía.

RESUMO

Discute-se a noção de clivagem de Ferenczi, comparando-a com as teorias Freudianas sobre o tema e verificando sua importância para a prática clínica da contemporaneidade. A hipótese que serve de eixo do trabalho é a que supõe a clivagem como resultado de uma descontinuidade radical entre as figuras discursivas da primeira e da terceira pessoa. Em função desta descontinuidade constrói-se uma organização psicológica pautada pelo papel de *observador do mundo* e pela *culpa de ser*.

Palavras-chave: Ferenczi, clivagem, melancolia.

ABSTRACT

This article is an attempt to discuss Ferenczi's notion of cleavage comparing it with some Freudian theories about this subject and also to verify its importance to contemporary clinical practice. The main assumption of this paper is that cleavage is a radical interruption between figures related to the first and third grammatical person. Because of this interruption a psychological organization is built based on the role of *the world's observer* and the *guilt of being*.

Keywords: Ferenczi, cleavage, melancholy.

INTRODUCCION

En muchas ocasiones nos encontramos con personas las que, a pesar de no ser psicóticas, requieren un trabajo que demanda aquello que en otras personas nos parecería excesivo: la sensación de estar vivo. Las sesiones transcurren en un clima de aparente monotonía, en la medida en que lo que se escucha son relatos minuciosos de la vida cotidiana, marcados por una temporalidad embotada en la que rara vez vislumbramos la emergencia del sujeto del inconsciente tal cual podemos reconocer en otros discursos. Todos los esfuerzos por conseguir que ellos hablen de otros temas, de producir intervalos en su discurso para permitir la aparición de lo sorprendente o lo novedoso son catastróficos o infructuosos. Tales intentos son consustanciales a la idea de que el solo relato de los hechos de la vida es una resistencia al dispositivo analítico. Si consideramos, además, la noción de resistencia en su vertiente positiva como indicador de nuestro camino, podemos suponer que el objetivo de estas personas es hacer de nuestra presencia un testigo ocular de una verdad que se oculta en la aparente uniformidad de sus informes diarios. Utilizan la mirada del analista como una garantía de que sus acciones, sensaciones y sentimientos forman conjuntos que pueden

ser reconocidos como expresión de sus vidas. Este reconocimiento de que, para muchos, es inmediato y pre-reflexivo, sólo se produce, cuando ocurre, después de mucho trabajo. Aquello que es el punto de partida de muchos procesos analíticos y que debiera ser deconstruido para que este ocurra, no lo es en absoluto para estas personas. Una sensación de extrañeza radical en relación consigo mismo los invade. El vacío que los afecta parece estar ubicado en la propia idea de ser, lo que se traduce en una falta de consistencia de la imagen narcisista y una sensación de inutilidad y de indiferencia sobre las propias acciones.

A pesar de que la importancia del psicoanálisis para estos sujetos es capital, nos encontramos poco preparados para tratarlos. Nuestro aparato conceptual que gravita en torno a los mecanismos de represión, en lo que refiere a la neurosis, y la forclusión con respecto a la psicosis, parece insuficiente. Estos analizados raramente expresan ambigüedades, con pocas fisuras para la aparición de la división en el habla. Cuando eventualmente los sorprendemos en un acto erróneo (hecho poco frecuente), ocurre un reordenamiento del discurso de modo de hacerlo desaparecer sin ningún vestigio. Hay una barrera al inconsciente, que a menudo se refiere a una radical separación entre el habla y el universo de fantasía. Todo esto, sin embargo, que nos llevaría a pensar en la psicosis para caracterizarlos, parece poco consistente. En la mayor parte de su vida estas personas, más allá de no presentar ninguno de los *fenómenos elementales* de la psicosis, tienen una relación de obediencia absoluta a la ley, sacando de ella una fuente para el mantenimiento de la vida. Se puede objetar que la ambivalencia constitutiva del superyó hace que sea imposible la sujeción absoluta a sus imperativos, mientras que la mera existencia de esta aspiración merece que las separemos de las aspiraciones psicóticas. El refinado uso que hacen del lenguaje demuestra plenamente esta diferencia. Mientras que los psicóticos deben reinventar el lenguaje ordinario en porciones considerables de modo que puedan seguir utilizándolo, estos sujetos exaltan las propiedades del lenguaje público. Ellos procuran permanentemente depurarlo atendiendo que cada vocablo encuentre su significado preciso y duradero, según los cánones compartidos.

Desde la invención del psicoanálisis, varios autores han descrito las formas y los impasses de este tipo de funcionamiento psicológico al que estoy aludiendo. La caracterización que propongo es, lamentablemente insuficiente para abarcar perfiles tan heterogéneos como las personalidades narcisistas y *borderlines*, definidas por la escuela norteamericana; sujetos organizados en torno al *falso self*, según lo propuesto por Winnicott, o los sujetos melancólicos, entre otros¹. En relación con este artículo, sin embargo, trataremos de seguir los pasos de alguien que nos abrió las puertas a esta realidad: Sandor Ferenczi. Su teoría del trauma y la proposición asociada de la escisión psíquica transformaron nuestro edificio teórico y proporcionaron refugio a muchos teóricos marginados de los circuitos oficiales. Tratado alternadamente como algo secreto o como una manifestación del alma atormentada y doliente de Ferenczi, la escisión derivada de la confusión de las lenguas, por la propuesta, viene siendo tematizada de un modo marginal en los textos psicoanalíticos. Su idea de escisión, sin embargo, mostró tanta fuerza que Freud mismo se rindió, aunque fuese solo parcialmente, al final de su obra, y después de la muerte de Ferenczi. Es exactamente con la teoría Freudiana de la escisión que comenzamos ahora, con la esperanza de que el lector puede reconocer algo de su propia clínica en las páginas siguientes.

FREUD

Al exponer algunas nociones Freudianas que gravitan alrededor de la disociación del Yo, sólo quiero dar un panorama mínimo de dos momentos de este concepto en la obra de Freud, para que el lector pueda compararlas con las proposiciones de Ferenczi sobre el tema. No es mi intención discutir en profundidad los desarrollos teóricos o controversias que ha suscitado en la literatura psicoanalítica. Participar más activamente en esta discusión requeriría un otro artículo, o un desarrollo más extenso de esto, o de una

1 .- Corroboro, en este punto, la hipótesis de Pinheiro (1995a, 1997, 1998, 1999), según la cual existe una organización metapsicológica común, aunque no sabemos aún el real alcance de las similitudes entre los sujetos melancólicos y estos otros señalados anteriormente. A partir del estudio clínico "Comparación clínica y metapsicológica entre pacientes melancólicos y pacientes con lupus eritematoso sistémico", coordinada por Teresa Pinheiro y yo (Pinheiro y Vertzman, 2002) hemos podido verificar la presencia, o no, de esta misma configuración entre pacientes definidos por la medicina como grandes somatizadores. Sobre descripciones semejantes sobre la melancolía, ver Vertzman (2001).

capacidad de síntesis que, lamentablemente, aun no estoy en condiciones de realizar.

CLIVAJE Y MELANCOLÍA

En su único artículo dedicado a la melancolía (Freud, 1917/1993, p. 235-256), Freud hace de la escisión uno de los mecanismos responsables de las manifestaciones más características de la neurosis narcisista. Más específicamente es esta hipótesis etiológica la que le proporciona las herramientas para demostrar que el sujeto melancólico expresa un conflicto psíquico. Las propuestas formuladas en el texto referentes a la identificación narcisista con el objeto perdido y la regresión a una fase de la relación objetal caracterizada por la ambivalencia no le permiten a Freud ubicar una dinámica conflictiva en la melancolía. Solamente cuando él enuncia el surgimiento de una grieta en el Yo, de una neoformación representada por la consciencia moral, se hizo posible decir que la melancolía expresa un conflicto entre el Yo y una parte del yo modificada por la identificación narcisista. Este sería el resultado de la falta de reconocimiento mutuo entre las instancias, que, en otras circunstancias, portarían la marca del investimento yoico. La conciencia moral solo reconoce al objeto perdido donde debería vislumbrar al yo, y el yo solo percibe la alteridad donde se acostumbraba a encontrar las señas más queridas de la constitución del sujeto.

Este punto de vista es retomado en el contexto de la segunda tópica en el breve artículo “Neurosis y psicosis” (Freud, 1924/1993). En él, Freud efectúa una separación entre las psicosis y las neurosis narcisistas (melancolía) con base en las relaciones conflictivas que se relacionan con el Yo. Mientras que las psicosis expresan un conflicto entre el Yo y el mundo exterior, la melancolía es definida por los enfrentamientos entre el Yo y el Superyó. En mi opinión, dos factores contribuyeron para que el concepto de escisión no fuese desarrollado para explicar esta condición. En primer lugar, una transposición prematura entre un Yo alterado por la identificación narcisista desde el superyó. Coincidiendo con Pinheiro (1998), la impermeabilidad entre el yo y la conciencia crítica en la melancolía vuelve complicada la caracterización de la conciencia crítica como superyó, tanto como ideal del yo. Posteriormente, debido a la universalidad del superyó en la subjetividad humana y del énfasis concedido a éste como una fuente importante para la producción de malestar, la división radical entre dos destinos de la investidura del ego se oscurece. El conflicto entre yo y el superyó es algo mucho más amplio como para especificar la organización psíquica de los melancólicos, en comparación con otras formas discursivas, especialmente la neurosis obsesiva, con la que la melancolía es a menudo comparada. Así, el concepto de clivaje o escisión fue durante largo tiempo desatendido y solo ha tenido una cierta consideración al final de su obra.

SEGUNDA DEFINICIÓN DE CLIVAJE.

La segunda definición de clivaje alcanza sus primeras referencias en el artículo sobre “EL Fetichismo” (Freud, 1927/1993) y se hace más extenso en “Esbozos de psicoanálisis” (Freud, 1940/1993), “La escisión del Yo en el proceso defensivo” (Freud, 1940b/1993) y “Análisis terminable e interminable” (FREUD, 1937/1993). Es importante señalar que buena parte de estas ideas parecieron después e la muerte de Ferenczi y resulta legítimo suponer, como veremos en la sección siguiente, que ellas habrían sido influidas (bajo la forma de respuesta) por su teoría del trauma.

El mecanismo de clivaje o escisión, a menudo se ha atribuido frecuentemente a la perversión, en contraposición a la represión en la neurosis y la forclusión (especialmente en la tradición lacaniana) en la psicosis, pero si se examina más detenidamente las palabras de Freud, veremos que éste refiere a un evento más amplio: “no creemos que el fetichismo fuese una excepción con respecto a la escisión del yo: no es más que un objeto particularmente favorable para su estudio” (Freud, 1940a /1993, p. 205).

Un ejemplo clínico de la escisión proporcionado en “El Fetichismo” es el de un sujeto obsesivo (Ibíd., p. 150) y Freud, en las distintas ocasiones en que aborda el tema, sugiere que se puede hacer uso del mecanismo en diversas estructuras. “El punto de vista que postula en todas las psicosis una escisión del yo no tendría derechos para reclamar tanta consideración si no demostrase su pertinencia en otros estados más parecidos a las neurosis y, en última instancia, ellas mismas” (Freud, 1940a /1993, p. 204).

La universalidad de la represión en las neurosis parece estar siendo puesta en jaque, a pesar de que Freud

no desarrollase más este aspecto. La escisión del yo, es derivada de un proceso más amplio de *negación* que se caracteriza de la siguiente manera (Freud, 1927/1993, p. 148): “Si de esta forma se quiere separar más claramente el destino de la representación del destino del afecto, he reservado el término ‘represión’ para los afectos, y ‘negación’ (*Verleugnung*) sería el término alemán correcto para los destinos de la representación”.

Freud demuestra que en algunas circunstancias el yo se divide en dos corrientes opuestas, una capaz de aceptar la realidad (la realidad de la castración) y otra que la niega rotundamente. El acontecimiento no tiene nada que ver con las perturbaciones de la percepción. Cada una de estas corrientes es incapaz de reconocer a la otra y ambas conviven lado a lado sin influenciarse, lo que produciría una defensa importante contra la psicosis, la cual sólo eclosionaría si una de ellas (la que considera la realidad) se debilitara. La noción de la ininfluenciabilidad de los dos fragmentos merece mayor consideración, sin embargo, describiremos antes cómo ellas se forman.

Frente a una situación traumática la función sintética del Yo (Freud, 1940b/1993, p. 276) puede sufrir una serie de perturbaciones. El elemento que es responsable del sentido de sí mismo puede bifurcarse en dos tipos de respuestas simultáneas que son sentidas como verdad, aunque sean opuestas. Estos comportamientos van produciendo, con el paso del tiempo, núcleos identificatorios distintos y un “desgarro en el interior del Yo que nunca se sanará” (Freud, 1940b/1993, p. 275). Una verdadera fisura narcisista se desarrolla y se vuelve cada vez más distante de las dos respuestas al trauma. Todos estos eventos serían triviales en la medida en que el psicoanálisis se ocupase de considerar la división psíquica. La persona sobre el cual recae está para siempre dividida, aunque Freud demostrará que dicha escisión es de un orden tópico:

“Los hechos de la escisión del yo, que hemos descrito no son tan nueva ni tan extraño como a primera vista podría parecer. Que en relación con determinadas conductas permanezcan en la vida mental de la persona dos posiciones diferentes, una contrapuesta a la otra, e independientes entre sí, es un rasgo fundamental de las neurosis; sólo que en este caso uno pertenece al Yo y la otra opuesta, en tanto reprimida, al Ello. La distinción entre los dos casos es, en esencia, *tópica o estructural* [énfasis añadido] y no siempre es fácil decidir. Frente a cuál de estas dos posibilidades se está “(Freud, 1940a /1993, p. 205).

Lo fundamental, por lo tanto, no es la existencia de la escisión, sino su localización. Decir que la escisión incide sobre el yo y afirmar la existencia de dos grupos psíquicos separados que tienen el sello de una inversión narcisista. En cada uno de ellos el sujeto puede reconocer una imagen considerada como representante privilegiado de sí y alcanzar una vivencia pre-reflexiva del sentimiento de existencia. Freud advierte, sin embargo:

“No interesa aquello que emprenda el Yo en su afán defensivo, ya sea que desmienta un fragmento del mundo exterior real y efectivo o que rechace una exigencia pulsional del mundo interior, el resultado nunca es perfecto, sin residuos, sino que más bien siempre coexisten dos posturas opuestas de las cuales una también subyace a la otra, es más débil y tiene consecuencias psíquicas. “ (FREUD, 1940a /1993, p. 206)

Es difícil, por lo tanto, concebir que no ocurran influencias recíprocas entre estas dos actitudes y que ellas no se producen inhibiciones, síntomas o angustia. En algunos momentos Freud parece apuntar en esta dirección, cuando, por ejemplo, caracteriza al fetiche como una “formación de compromiso” capaz de “destruir una prueba de la posibilidad de la castración” (Ídem, p. 204). Formación de compromiso significa resolución transitoria del conflicto psicológico. Defendiendo la hipótesis de que el mecanismo de escisión egótica disloque el campo de batalla del psiquismo para las dos corrientes narcisistas que surgen como respuesta al trauma. Debemos en este momento examinar cuales son los acontecimientos designados por la palabra trauma, si sus referentes son parte del mecanismo más general de la castración, como pensaba Freud, o acontecimientos más específicos como proponía Ferenczi. Intentaremos comprender con este

último como una bifurcación del investimento narcisista puede ser una enérgica respuesta a la proximidad del aniquilamiento del Yo.

FERENCZI

Introyección

No podemos referirnos a la noción de clivaje en Ferenczi sin definir mínimamente su concepto de introyección, en la medida en que un clivaje es el sello de una introyección imposible. La noción de introyección, creada por Ferenczi en 1909, tiene innumerables matices en la literatura psicoanalítica, inclusive en las variadas teorías freudianas sobre la identificación; debemos, en consecuencia, señalar algunas de las diferencias entre ellas. Ferenczi, al contrario de Freud, afirmaba que el sujeto introyecta, no como una reacción a cualquier tipo de pérdida objetal, sino porque procediendo así consigue atenuar, por medio de una dilución, “la tonalidad penosa de ciertas aspiraciones ‘libremente fluctuantes’, insatisfechas e imposibles de satisfacer” (Ferenczi 1909/1986a, página 36). Este mecanismo es responsable de los investimentos generalizados y excesivos del neurótico y no es una compensación, un trofeo de consuelo consecuente a la falta y la imposibilidad de la satisfacción pulsional. La introyección no se refiere a la posesión de los objetos, sino a la pulsión. Como reitera Torok (1995a, p. 222):

“Es que, precisamente, la aspiración de la introyección no es del orden de compensación, sino del orden del crecimiento: ella busca introducir, prolongar y enriquecer, una libido inconsciente, anónima y reprimida. Más bien dicho, no se trata de ‘Introyectar’ al objeto, como se dice fácilmente, sino, un conjunto de *pulsiones* y de sus vicisitudes cuyo objeto es el propio contexto y mediador.”

La introyección es un proceso permanente por el cual los neuróticos se vinculan a otros, porque, por su intermedio, la pulsión se hace compatible con la vida. Cuando un sujeto introyecta es la propia pulsión la que deja de funcionar como agente externo y se integra al Yo, recordando a Mezan (1996, p. 101), que comenta que el Yo para Ferenczi, en ese momento, corresponde a *todo el psiquismo*. La introyección nunca podría ser una compensación, en la medida que la forma neurótica de amar presupone una integración del otro al sí mismo, a la inclusión de la mayor cantidad posible del mundo externo dentro del yo (Ferenczi, 1912/1986, p. 61). El Yo no está formado por los conflictos del Ello con el mundo exterior, sino que el Ello y el Yo son formados por los procesos introyectivos, que hacen que haya una cobertura entre introyección y aparato psíquico. Es lo que afirma Costa (1995, p.13) al invocar la categoría más reciente, para el psicoanálisis, del sujeto: “No existe distancia lógica o fenomenológica entre el sujeto y las introyecciones. Sujeto es aquello que introyecta y aquello que es introyectado.”

Un aspecto importante del trabajo de introyección es exactamente su movimiento *anti-interiorización*, o sea, su característica de lanzar al Yo fuera de sí. El enriquecimiento egótico propuesto por Ferenczi no es un aumento de la densidad hidráulica del reservorio narcisista, pero sí de su capacidad de insertarse en el mundo, de aumentar sus vínculos con muchos objetos, de expandir los más variados lazos de dependencia con los otros. Una clave para comprender como es posible tal efecto encontramos una comparación entre introyección y lenguaje. Según Pinheiro (1995b, p. 47), Ferenczi afirma que el resultado del proceso introyectivo es el poblamiento del universo psíquico por representaciones de objeto, las que cuando son asociadas producen la fantasía. Es evidente que la concepción de lenguaje de Ferenczi está construida, en base a la teoría representacional². Acá, en tanto, él nos brinda con un *diseño* bastante avanzado, si pensamos

2 - En líneas generales, podemos definir la teoría representacional como aquella que deriva de las representaciones mentales de la percepción de los objetos. Según Wittgenstein, esta proposición es tributaria de aquello que la define como *concepción agustiniana del lenguaje*, según la cual el significado de las palabras es producto de un proceso hermanado de *definiciones ostentosas*. Esta idea general permea todo el psicoanálisis hasta la aparición de la teoría lacaniana. Una crítica a la teoría representacional puede ser encontrada en el propio Wittgenstein (1985) y en varios de sus críticos, entre ellos Faustino (1995) y Delgado (1986).

en los patrones de 1909. Veamos: la introyección es un mecanismo lingüístico que produce lenguaje. Proporcionar tal descripción del origen del aparato psíquico -al igual que el hecho de que el soporte de todo este proceso sea la pulsión- constituye una gran innovación. De esa manera la ampliación del yo se traduce en su capacidad de fomentar vínculos lingüísticos, los cuales apuntan a la producción de sentido. El sentido, para Ferenczi, es transformar lo extraño en familiar, el mundo exterior en un lugar habitable, en suma, un proceso marcado por la omnipotencia y la actividad, y por el deseo de expansión. Esto es lo que hace que Pinheiro defina la introyección como introyección de sentido (Pinheiro 1995b, p. 48). Es exactamente el funcionamiento holístico del lenguaje lo que nos hace comprender la voracidad del ego de la introyección. El sentido sólo se da por referencia a otros elementos lingüísticos, y su producción exige siempre juegos de lenguaje más sofisticados y complejos, con mayores posibilidades de interrelaciones entre sus constituyentes.

El exceso de investimento característico de este proceso originaría la represión de las pulsiones introyectadas y proporcionaría la conformación sintomática propia de las neurosis. En este primer momento, Ferenczi definió apenas una otra configuración distinta de la neurosis, que no se basaría en el modelo de la introyección: la paranoia y su mecanismo proyectivo. El paranoico expulsaría hacia el exterior las inclinaciones antes referidas a sí mismo, y se comportaría como objeto de ese excesivo interés ajeno. La inexistencia de introyección puede, sin embargo, tomar formas más sutiles y menos ruidosas. Al final de su obra, Ferenczi concibió, a partir de su clínica y de su relación transferencial con Freud, un tipo de imposibilidad introyectiva aparentemente paradójal, que toma la forma contraria a la expulsión proyectiva: la incorporación violenta de la palabra del otro. Con ella la noción de clivaje empieza a delinearse.

La teoría del trauma

Escuchando a varios pacientes que no mejoraban con los dispositivos clínicos tradicionales, Ferenczi conjeturo que la situación analítica estaba implicada en estos resultados terapéuticos, través de lo que llamó *la hipocresía de la figura del analista*. Hipocresía esta que se fijaba catastróficamente a la razón por la cual el paciente buscaba ayuda. El analista estaría reproduciendo la misma escena que volvía a estas personas tan frágiles e incapaces de reacción frente a la omnipotencia del otro. Para describir este tipo de relación transferencial, Ferenczi escribió una reseña bastante simple, la cual, desgraciadamente, se hizo más conocida que sus otras formulaciones derivadas e hizo que su teoría del trauma pareciera una reconsideración ingenua de los capítulos iniciales del psicoanálisis. De forma resumida, un adulto seduce a un niño. El acto sexual es sentido por el niño como desagradable, pero éste lo percibe dentro del lenguaje de la ternura y del universo lúdico que es el suyo, al contrario del adulto, que en el primer momento realizó el acto en función del lenguaje de la pasión³. Esto ocurre -y es importante subrayar esto pues es parte central de mi argumentación- en función de un adulto que reconoce las necesidades del niño debido a su ceguera momentánea producida por su excitación. El adulto del ejemplo clínico, al restablecerse de su estado apasionado, reacciona con culpa por lo ocurrido y le afirma al niño que nada ha pasado. Si nos detenemos en este punto, tendremos una situación extremadamente dolorosa, pero no traumática. Pero el niño, no dispuesto a renunciar tan radicalmente a sus impresiones del evento, se lo relata a un tercero. Este, impactado con lo que escucha, atribuye las palabras del niño a fantasías infantiles y produce una segunda negación, esta sí traumática. El factor traumático, por lo tanto, no es el lenguaje de la pasión, sino la negación de su existencia, la culpa ante la pulsión, la necesidad de hacerla secreto. De igual modo, la situación analítica puede ser traumática si el analista toma parte en la escena exactamente como este tercero que niega lo ocurrido.

3 .- El lenguaje de la ternura es descrito por Ferenczi como aquel lleno de fantasías lúdicas, en los que la idea de mimesis ocupa una posición central. Veamos este pasaje: “Las seducciones incestuosas se producen habitualmente así: un adulto y un niño se aman; el niño tiene fantasmas lúdicos, como mantener un papel maternal en relación al adulto. Este juego puede adoptar una forma erótica, pero permanece en el nivel de la ternura” (Ferenczi, 1933/1986, p. 351). Entendemos que la ternura, aunque sea la expresión de la pulsión, no es erótica, pues no es definida por la posesión de objetos, sino por el deseo de ser el objeto, de tomar su lugar, de cuidar de él. Por el contrario, el lenguaje de la pasión se caracteriza por la excitación erótica y el deseo de disponer del objeto.

Al relatar este pequeño mito clínico, pretendo señalar los elementos que me parecen centrales en una teoría de la traumatogénesis y reemplazar aquellos menos apropiados de participar en la metapsicología de esta subjetiva configuración a la que intento aproximarme. Propondré un pequeño giro argumentativo, pues no definiré como traumatogénico *el lenguaje de la pasión*, sino más bien, *el lenguaje de la indiferencia*. La preponderancia de la teoría de la sexualidad en el psicoanálisis hizo que Ferenczi acentuase la relativa independencia entre dos modos de funcionamiento de la pulsión: la forma excitada de la pasión sexual propia del universo de los adultos y otro tipo de móvil infantil denominado ternura. Lo escandaloso fue que Ferenczi, al contrario de Freud, Ferenczi no hizo de la ternura una forma decantada de excitación pasional y afirmo que la primera era más específicamente infantil. Así, fue bajo esta tensión entre la pasión del adulto y la ternura del niño que él construyó a su niño traumatizado. El problema es que resaltando la confusión de lenguas no podemos entrever los elementos que posibilitan la escisión. Retornando al ejemplo dado, no son los adultos apasionados los que generaron las consecuencias psicológicas propias del trauma. Este solo ocurre porque no existirían las instancias de mediaciones eficaces entre los dos tipos de lenguajes. El elemento que no cumple esta función es el tercero, aquel a quien el niño le cuenta el evento ocurrido y que produce el acto de la desmentida.

El empobrecimiento del yo que se sigue de un trauma es de un orden diverso del estrechamiento subjetivo propio de las psicosis esquizofrénicas. El mecanismo que viene a conferir singularidad a este tipo de imposibilidad introyectiva es lo que Ferenczi denomina *identificación con el agresor*. Después del sentimiento de irrealdad generado por la desmentida y las consecuentes sensaciones de disconfort y miedo, se agrega un tipo particular de sumisión, que hace que el adulto desaparezca de la realidad externa para asumir todo el espacio de reconocimiento del sí mismo del niño. El adulto deja de ser un otro. Esta identificación particular, que puede ser correlacionada con la identificación narcisista de Freud, impide que el niño construya un universo subjetivo pautado en la percepción de que las investiduras que dirige al mundo son suyas.

Para proseguir, debemos recordar que el adulto/agresor de Ferenczi no es un perverso. La mayoría de las veces lo que sigue al supuesto acto sexual con el niño es un sentimiento de culpa que refuerza el silencio en relación a la escena incomprensible para el infante. Como el tercero mantiene al niño en un lugar de mentira y de engaño, el único signo lingüístico capaz de albergar a este ser perplejo es la culpa del adulto. Por no disponer de palabras para significar la culpa, el niño se refugia en su silencio y se incorpora absolutamente el juego de lenguaje del adulto. Por otro lado, la culpa es el único vestigio del acto. La identificación con el agresor es, por lo tanto, *incorporación violenta de la culpa*. Es un intento paradójico y desesperado de introyección, en la medida en que lo que está en juego es la significación de lo ocurrido. Si el niño sólo encuentra la culpa como campo lingüístico en el que puede moverse, esto se debe al hecho de no haber sido puesto a disposición otro vocabulario capaz de mantener su integridad subjetiva.

“Considerado desde otro punto de vista, el de la indestructible pulsión de autoconservación, el mismo proceso debería ser descrito de esta manera: cuando se abandona cualquier esperanza de ayuda por parte de una tercera persona, y se sienten las propias fuerzas de autodefensa totalmente agotadas, no queda nada más que esperar por la clemencia del agresor. Si me someto tan completamente a la voluntad de él que dejo de existir, y si por lo tanto no me opongo a él, tal vez me conceda salvar la propia vida...” (Ferenczi, 1990, p. 143)

El tercero no es capaz de reconocer la verdad que el niño expresa, y da menos importancia al hecho que éste relata que al sentimiento de perplejidad que demuestra. La fórmula de Ferenczi es más amplia de lo que parece a primera vista. Podemos sacar todos los elementos de violencia sexual de este enunciado, propios del imaginario de su época, y aun así mantener válidos sus constituyentes. No es necesario suponer un niño abusado sexualmente para tener acceso a las dificultades que el ambiente le proporcionará. Cuando la omnipotencia introyectiva no encuentra ningún elemento en el mundo que la sostiene -en este caso el reconocimiento por parte de un tercero- ocurre un cortocircuito en la construcción del sentido. Cuando la desmentida alcanza un área donde la afirmación de sí sea prioritaria, en este caso la verdad de las propias sensaciones, lo que es desmentido es el propio sujeto.

Para que la desmentida sea performativa y el trauma se instaure no es necesario que este tercero emita sentencias específicas respecto al niño. Basta que no lo encare como una persona con necesidades propias. La ausencia de reconocimiento característico del trauma no es un problema senso-perceptivo. Frente a los obstáculos típicos de la vida, el *niño* escucha precozmente que él debe adecuarse al mundo tal cual es, que nada puede hacer por transformarlo, que el único modo de existir es en la quietud, y que debe aceptar rápidamente lo que le es ofrecido. El ser traumatizado se aferra a la idea de que todo lo que le ocurre es fruto de un destino que no quiere nada y que necesita utilizarlo como intérprete para probar su poder.

La escisión de lo pos-traumático.

La resultante psíquica del trauma denuncia su etiología, esto es, ocurre una discontinuidad subjetiva radical que toma la forma de una escisión estable de la personalidad, tan eficaz que no presenta las características de la fragmentación. La escisión demuestra que no hubo mediación entre dos modos diferenciados de uso del lenguaje, que la discontinuidad fue tan extensa que no permitió que sus constituyentes fuesen percibidos ni integrados imaginariamente en una misma unidad narcisista. Debemos examinar más detalladamente este modo de funcionamiento. En el “Diario Clínico” (Ferenczi, 1990), nuestro autor proporciona una definición integral del trauma:

“‘Conmoción’, reacción a una excitación externa o interna en un modo más autoplástico (que modifica el yo) que aloplástico (que modifica la excitación). Esa neoformación del yo es imposible sin una previa destrucción parcial o total, o sin una disolución del mismo, Un nuevo Ego no se puede formar a partir de un ego precedente, sino a partir de fragmentos, productos más o menos elementales de descomposición de este último (Explosión, pulverización, atomización.)” (Ferenczi, 1990, p. 227)

Recogemos de esta definición que la actividad del yo se mantiene después del evento traumático, aunque a costa de una neoformación posibilitada por fragmentos discursivos que pertenecían al yo precedente al trauma. Este aspecto diferencia al traumatizado del esquizofrénico. La ternura y la pasión permanecerán aisladas en la vida psíquica del sujeto, con pocas mediaciones capaces de constituir una transición entre estos dos universos de intereses. Ferenczi, sin embargo, señala a una consecuencia más radical. Los fragmentos no son piezas intactas de la descomposición del yo, sino nuevos arreglos lingüísticos inventados después de la destrucción del yo. Esto significa que tanto el lenguaje de la pasión como el de la ternura no pueden ser reconocidas en el discurso de estos sujetos. Ellos sólo toman parte, como efectos privilegiados, en la construcción de una nueva subjetividad, basada en nuevas reglas semánticas. Para enunciarlas debemos primero circunscribir cuáles son sus vertientes. A diferencia de Freud, que formuló la escisión como la formación de fragmentos independientes que no se reconocían ni influenciaban, Ferenczi sugiere un mecanismo en el que los fragmentos, a pesar de no reconocerse, entran en conflicto y producen síntomas. Al resaltar la confusión de lenguas, él indica que los dos fragmentos que se estabilizan son el lenguaje sofocado de la ternura del niño y la culpabilidad de la pasión sexual del adulto. No encontrando otro término para indicar el destino específico de estas representaciones, Ferenczi utiliza la palabra “represión” para señalar la presencia del conflicto. Curiosamente, estos no son atributos, creencias o deseos referidos al yo que son reprimidos, sino más bien la propia instancia:

“La memoria es, por lo tanto, una colección de cicatrices de conflictos del Ego. El terror disuelve tan radicalmente la rigidez del Ego (resistencia) que el material del Ego se vuelve algo como *fotoquímicamente* modelable -y, es de hecho, siempre modelado- por la excitación exterior. En lugar de afirmarme a mí, es el mundo exterior (una voluntad extraña) la que se afirma a mis costas, la que se impone a mí y reprime el Ego. (¿Será así la forma original de la represión?)” (Ferenczi, 1990, p. 150)

El lenguaje de la ternura, considerado como el yo del niño, es reprimido por el lenguaje del adulto. Como hemos visto antes, el elemento reprimido, en este caso, no puede ser definido como superyó o ideal del yo.

Faltando exactamente la capacidad de ser reconocido como íntimamente ligado a la formación del sujeto y, por lo tanto, al dominio del sí mismo. La represión es, de esta manera, una represión exterior. Lo que hace a los traumatizados diferentes de los paranoicos es el logro, sin embargo, de una segunda interiorización. Este logro es conferido por el mantenimiento de conjuntos enteros de enunciados, alterando sólo los signos que indican la posición del sujeto. Reprimir el yo es retirar de los enunciados subjetivos privilegiados la correlación entre palabras como *mí, mío, mía, yo*, etc., y todo un conjunto lingüístico definido por nuestra cultura como referido a la esfera de la experiencia privada, al mundo de las sensaciones inmediatas y sentimientos, al campo de ejercicio de la autonomía individual.

EL REFUGIO EN LA FIGURA DEL OBSERVADOR

Una de las consecuencias más notables del trauma es la disolución de las correlaciones anteriores entre el yo y lo que podemos denominar de vida sentimental:

“La persona se divide en un ser psíquico de puro saber que observa los acontecimientos desde fuera, y en un cuerpo totalmente insensible. En la medida en que el ser psíquico todavía es accesible a los sentimientos, todo su interés converge en el único sentimiento que subsiste de todo el proceso, es decir, en lo que el agresor siente. (Ferenczi, 1990, p. 142)

Señalemos, consustanciado por la cita anterior, que los traumatizados no son personas frías e insensibles. Sólo indico que los sentimientos que dan sentido a la existencia y al trauma dejan de ser referidos al yo, y pasan a integrar otra corriente. La consecuencia inmediata es la extrañeza radical que experimentan cuando perciben que algunos sentimientos y sensaciones le afectan. El refugio en la actividad de la observación y en el discurso de la tercera persona⁴ hace que se identifiquen a un gran ojo inmanente sólo a su propia actividad de mirar. Ellos nunca pueden ser observados, en la medida en que el niño tierno sofocado que era, se convierte radicalmente en un otro, y que solo posible de ser visto por esa característica de identificación que es el mirar, y no es observado ni visto. Mirar para que un otro sea su yo y mirar para el otro, esta es la extensa discontinuidad producida por la escisión.

El juego de lenguaje del observador traumatizado presenta, todavía otra peculiaridad. Cualquier correlación entre observador y observado debe ser silenciada. Esto sólo ocurre si el ojo del observador es de tal forma omnipotente hasta el punto de retirar del discurso del observado cualquier positividad sensible. El sufrimiento de lo observado es sólo un juego vacío de palabras sin referencias, que puede ser eliminado por el uso correcto de palabras por el observador. La gramática universal y la semántica final librarían al sujeto de sus males y lo harían salir victorioso frente el trauma. La escisión es el testimonio de un proyecto paradójico. Por un lado, se priva al sujeto de sus referentes habituales, por otro, se crean nuevos referentes formados, aparentemente, frisados, por palabras sin referentes. Esto debido a que la única manera de dividir observador y observado es asumir que el sujeto está todo contenido en la mirada del observador y que éste es solamente, eternamente, observador. Nada en él puede ser observado y, por lo tanto, relativizado. A él

4 .- En este sentido, utilizo aquí la asimetría propuesta por Wittgenstein entre el discurso de la primera persona y el discurso de la tercera persona. En el trabajo anterior (Vertzman, 1997a) desarrolló con más profundidad este punto, que se retomará al final del presente artículo. Para Wittgenstein las frases psicológicas en la tercera persona se prestan a la observación y la verificación. En función de una relativa distancia del enunciado que tomo como objeto, puedo compararlos con otros que asumo como verdaderos y verificar su adecuación o coherencia en relación a estos últimos. Con una gran dosis de simplificación, podemos decir que este es el modo de operar de la ciencia. El discurso psicológico de la primera persona sólo puede ser expresado, o, según la traducción de Faustino (1995), exteriorizado. Bouveresse (1987) caracteriza esta forma de discurso como yo-sujeto, por oposición al yo-objeto. El yo-sujeto se expresa por frases como “veo un árbol”. Aquí la frase no puede ser verificada y el sujeto no puede engañarse. “Yo veo” no se presta a las dudas para el que ve. Sólo se puede verificar si esto es importante en el contexto, si el árbol se encuentra allí para un observador externo, aunque éste sea el propio individuo. El lenguaje de la primera persona es, por lo tanto, pre-reflexivo y no apunta al conocimiento, sino a la exteriorización de comportamientos. La hipótesis principal de este artículo es que el lenguaje de la primera persona es formador de la experiencia de ser, y encuentra serias barreras para ser utilizada entre los sujetos traumatizados.

debo someterme del modo más radical, pues es él quien enuncia mis verdades incuestionables y por él debo renunciar a mí mismo.

Cuando dije que el lenguaje de la ternura ya no puede ser reconocido en estos sujetos, reitero sólo que la continuidad entre el yo y la ternura se rompió de un modo violento. No encontramos, en la clínica cotidiana, sujetos con esta configuración subjetiva que expresen cualquier sentimiento tierno en relación a sí mismo. Un hecho notable, sin embargo, que pude percibir, es la disposición que ellos presentan para la solidaridad y el cuidado al otro. Salvo cuando se encuentran inmersos en episodios depresivos severos, estas personas son capaces de actos altruistas raramente concebibles. El desamparo del otro los toca con una intensidad que muchos de nosotros hemos perdido a lo largo de la vida. Todo lo que ellas no pueden sentir en relación a sí misma se desplazan a un otro en sufrimiento. Esta forma particular de expresión de la ternura no sucumbió al modo desafectivizado propio del funcionamiento del observador. La escisión alcanza apenas en cuanto a su blanco. La supervivencia, hacia el exterior, de la ternura es a veces una vía clínica que debe ser explorada. Seguiremos ahora el retorno de lo clivado que se expresa en síntoma. Si tomamos en cuenta las proposiciones de Ferenczi, lo que insiste en regresar es el propio yo, clivado por la culpa del adulto.

LA CULPA DE SER

Debemos recorrer el camino trazado por la culpa. Cuando esta palabra fue incorporada violentamente por el niño que estaba siendo afectado, muy pocos referentes estaban asociados a ella. Podemos decir que la culpa es un signo sin ningún sentido en el juego del lenguaje del niño, que provoca, sin embargo, que la gramática del niño absorba el nuevo elemento, lo que sólo puede hacerse si inventa nuevos juegos de lenguaje o reajusta sustancialmente los ya existentes. ¿Por qué la culpa no tiene sentido para el niño?

Examinemos rápidamente la génesis de la culpabilidad propuesta por Freud. Aunque él había concebido un universo rudimentario sobre la culpa (ver Baladier, 1996) en términos narcisístico, organizado sobre la fórmula de la angustia frente a la pérdida del amor de los padres, los principales elementos que daban consistencia a la teoría freudiana de la culpa son referenciados al surgimiento del superyó, bajo la primacía del complejo de Edipo. El doble crimen edípico -incesto y parricidio- es el principal móvil para la conmiseración. Es la configuración estable de una instancia interiorizada, heredera del complejo de Edipo, la que hace de la culpa una de las formas principales de reacción frente a los deseos prohibidos por la ley paterna. La culpa es todavía una expresión de la tensión entre el yo y el superado, instancia esta que se forma bajo el yugo de la pulsión de muerte. No es difícil percibir que el juego del lenguaje de la culpa de la pasión sexual no puede ser introyectado por el niño en una edad temprana. Ferenczi no ve ninguna evidencia de que los deseos ligados al incesto y el parricidio presidan esta etapa de la vida. El lenguaje lúdico y mimético del niño no considera tomar el lugar de la madre o del padre para involucrarse en un comercio sexual con uno u otro progenitor. Ser el otro es simplemente una condición para la vida, es una manera de construir la propia identidad. El deseo de ser, como podemos denominar al lenguaje de la ternura, es, además, primario, o sea, no está condicionado por el deseo sexual en relación a un objeto específico⁵.

Desarrollaré ahora un pequeño desdoblamiento. Como encontramos entre los sujetos traumatizados todas las características discursivas de la culpa de modo, incluso, bastante sofisticado, podemos suponer que este elemento encuentra en ellos resonancia gramatical. Si todo lo expuesto antes me llevó a rechazar la introyección de la culpa pasional como heurística de la escisión, estamos en condiciones de proponer la correlación de la noción de culpa con otro universo semántico. El elemento imposible de ser introyectado, como es notado, es la culpa edípica del adulto. El niño no tiene vocabulario para correlacionar el lenguaje del mímesis con el crimen de la sexualidad, sin embargo, éste es capaz de asumir todos los demás aspectos de la culpa, tales como la conmiseración, la imputación compulsiva de responsabilidad a sí mismo, la percepción de haber cometido un acto condenable, dentro de su forma de usar el lenguaje. Si caracterizamos la ternura como una modalidad de expresión del deseo relativamente independiente, podemos sugerir

5 .- Para una crítica acerca de la universalidad de la génesis sexual del sujeto en psicoanálisis, ver Costa (1995b) y Ferraz (2000).

que en el traumatizado la culpa se dirige eminentemente a deseos tiernos. Si la culpa, por el mecanismo de identificación con el agresor, ocupa un alto puesto en la jerarquía moral del sujeto, siendo imposible mantenerse neutro ante ella, el único deseo reconocido por el niño como capaz de ser imputado como su móvil, es el *deseo mimético de ser*⁶. Esta es la manera en que la culpa pasional del adulto es degradada en el universo psíquico del niño haciéndose *culpable por ser*. Yo percibo cierta afinidad entre esta modalidad paradójica de culpa y la culpa narcisista, definida por Freud como angustia ante la pérdida del amor parental. Es evidente que esto debe ser ratificado por el tercero que, al producir la desmentida hace al niño dudar de sus propios sentidos, llevándolo a vivir la madre de todos los dramas. El apego que el niño adquiere por la nueva posición proviene del hecho de que fue a través de la *culpa de ser* que puede separarse paradójicamente del otro, que puede asumir su única identidad posible, y que puede reconocer la presencia de un deseo dirigido a él.

CONSIDERACIONES FINALES. DE SER OBSERVADOR A SER PERCIBIDO.

La culpa de ser es a tal punto fagocitante que es capaz de restringir sustancialmente la sensación de existencia del sujeto. El único universo pragmático relativamente libre de esta modalidad de culpa es aquel definido por el imperativo de ser un observador. Ser observador es una condición de vida y no se confunde con la de ocupar el papel del narrador. Entre los neuróticos, cuando un discurso se refiere a sí mismo, el sujeto puede ser expresado tanto por la figura del agente en la primera persona como por la figura del narrador en la tercera persona. Es precisamente de este juego entre esas dos posiciones que el proceso analítico se sirve para relativizar el lugar del hablante, para hacerle menos apegado a sus síntomas. Esto sólo es posible porque hay un mínimo de continuidad entre aquel que siente y actúa y aquel que describe lo que sintió y cómo actuó. Hay continuidad, pero no identidad. Cuando describimos nuestras acciones no estamos actuando en el mismo momento aquella descripción. Hay una alteridad radical entre la primera y la tercera persona, pero cuando el discurso se refiere al dominio del sí mismo, hay una solidaridad entre ellas que permite la sensación pre-reflexiva de que nos mantenemos igual cuando hablamos. Describirse a sí mismo, no puede ser lo mismo que describir las células de la epidermis de un oso polar, salvo rarísimas excepciones. En el psicoanálisis, conocemos instancias o registros que verifican esta continuidad, ya sea la unidad narcisista para Freud, el registro imaginario para Lacan, o el espacio potencial para Winnicott,⁷ solo por citar algunos ejemplos.

Volviendo al sujeto traumatizado ferenciano, esta continuidad mínima se rompe de modo radical, con la consecuente hipertrofia del discurso psicológico de la tercera persona. Tal es la diferencia entre el narrador y el observador. El observador (en función de la discontinuidad con el discurso en la primera persona), al contrario del narrador, no consigue narrar ningún hecho sobre sí mismo, apenas observa al otro. Observar al otro, aunque este otro sea el mismo, es la única acción reconocida como suya. Cuando el sujeto está observando, él está siendo y actuando, sin embargo, nadie puede describir sus actos, mucho menos él mismo. Su repertorio pragmático se vuelve, por lo tanto, muy limitado. Es evidente, como advierte Freud, que la vida impone impedimentos poderosos a la realización de este ideal de pura observación. Todo lo que está bajo el yugo de la escisión insiste en regresar, y lo que retorna, si seguimos la sugerencia de Ferenczi, es el yo mismo, en una amalgama en la que sobresale la figura discursiva de la primera persona. La discontinuidad radical de la escisión hace que el sujeto no pueda soportar esta emergencia, haciendo que él no pueda relativizarla, debiendo someterse completamente a este intruso inesperado. En la clínica de la melancolía, esto parece ocurrir de manera evidente. En estos casos, lo que es exteriorizado es un sentimiento absoluto de desamparo, impotencia, eterno sufrimiento en función de un destino desde siempre diseñado. El sujeto melancólico, sobre todo en situaciones de crisis, parece no reconocer ningún otro atributo que no sea la miserabilidad de su vida. La escisión le impide hacerlo, pero si es mínimamente exitosa, esta forma de expresión de la primera

6 .- Para una discusión sobre la noción de mimesis, ver Borch-Jacobsen (1991) y Verztman (1997b).

7 .- Es importante resaltar que hay diferencias importantes entre cada uno de estos conceptos, sobre todo entre los dos primeros y el espacio potencial (Winnicott). Sólo digo que en cada uno de ellos podemos verificar la marca de la continuidad de la sensación de ser que permite la correlación entre los dos modos de uso del lenguaje postulado.

persona puede desaparecer para reaparecer íntegramente en el próximo episodio depresivo.

Aunque este artículo no tiene por objeto discutir nuestras posibilidades terapéuticas con estos clientes, no puedo dejar de mencionar este propósito. Si nosotros, analistas, nos responsabilizamos por el trabajo de observación, si aceptamos esta tarea, al menos en un primer momento, sin muchas restricciones, tal vez nuestros clientes puedan dar, lentamente, otros pasos en nuevas direcciones. Si pudiéramos transformar sus demandas por observación en síntomas analíticos y no lo pusiéramos delante de otras exigencias inalcanzables, quien sabe si ellos se darían cuenta de que hay movimiento en sus cuerpos, que ellos pueden actuar y dejar para otro la tarea de observar lo que hacen. Es necesario no detenerse en este punto, en la medida en que en algún momento ser observado no puede equivaler a ser percibido. Hay una asimetría entre la posición de observador absoluto del sujeto, como un síntoma, y la posición relativa de escucha y la mirada del analista. El analista puede producir una torsión en la demanda de observación, tomando para sí la tarea de instituir su mirada (y mirar es algo siempre parcial y relativo) deseante como puente entre la pasión y la ternura, la palabra y el cuerpo, la acción y la descripción, la emoción y la racionalidad. Un sujeto cautivado por la mirada del otro tal vez pueda renunciar a rendirse de modo incondicional al gran ojo del destino con el que se identifica de modo narcisista. Desafortunadamente, mi experiencia con estas personas me impide alimentar cualquier esperanza redentora hacia ellos, pues sólo quien se dedica a este trabajo puede aquilatar el discreto impacto que puede tener en algunas trayectorias. No fue sorprendente escuchar a Telma decir:

“Yo nunca conseguí vivir como todo el mundo dice que vive. Vida y no vida siempre tuvo muy poca diferencia para mí. Desde niño me quedaba mirando una piedra y me preguntaba: ¿cuál es la diferencia entre yo y ella? No podía encontrar respuesta porque yo creía que sentía tanto como ella, muy poco. Hoy, de vez en cuando, creo que soy diferente de la piedra. En algunos momentos, a veces cuando vengo para acá, a veces cuando estoy con mi hija, siento que no necesito sentir otra cosa, que mi voz sale de mí y yo no pienso en eso del tiempo. Cuando no pienso en el tiempo es cuando veo que soy diferente de una piedra. Pero eso sucede muy pocas veces...”

Palabras como estas tienen, ciertamente mucha más importancia, que todas aquellas que soy capaz de escribir.

BIBLIOGRAFÍA

- BALADIER, C. (1996) “Culpa”, in Dicionário enciclopédico de Psicanálise, Kauffmann, P. (org.), Rio de Janeiro, Zahar.
- BORCH-JACOBSEN, M. (1991) *Le lien affectif*, Paris, Aubier.
- BOUVERESSE, J. (1987) *Le mithe de l'intériorité: expérience, signification et langage privé chez Wittgenstein*, Paris, Editions de Minuit.
- COSTA, J. F. (1995) “Prefácio”, in *Ferenczi: do grito à palavra*, tradução de Teresa Pinheiro, Rio de Janeiro, Zahar.
- DELGADO, P.L.S.M. (1986) *Introducción a Wittgenstein*, Barcelona, Herder.
- FAUSTINO, S. (1995) *Wittgenstein: o eu e sua gramática*, São Paulo, Ática.
- FERENCZI, S. ([1909-1933]1986) “Transferência e introyección”, “O conceito de introyección”, “A criança mal acolhida e sua pulsão de morte”, “Análise de adultos com crianças”, “Confusão de línguas entre adultos e crianças”, in *Escritos psicanalíticos*, Rio de Janeiro, Taurus.
- _____. (1990) *Diário clínico*, São Paulo, Martins Fontes.
- FERRAZ, C.H. (2001) “Freud e a sexualidade: um estudo dos critérios Freudianos de identificação do sexual”, in *Corpo, afeto e linguagem: a questão do sentido hoje*, Bezerra, B. & Plastino, C. A. (org.), Rio de Janeiro, Contra-capá.
- FREUD, S. (1993) *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1917) “Duelo y melancolia”, v. XIV, p.235-256.
- (1924) “Neurosis y psicosis”, v. XIX, p.151-160.

- (1927) “Fetichismo”, v. XXI, p.147-152.
- (1940a) “Esquema del psicoanálisis”, v. XXIII, p.133-210.
- (1937a) “Análisis terminable e interminable”, v. XXIII, p. 211-254.
- (1937b) “Construcciones en el análisis”, v. XXIII, p. 255-270.
- (1940b) “La excision del yo en el proceso defensivo”, v. XXIII,p. 271-278.
- MEZAN, R. (1996) “O símbolo e o objeto em Ferenczi”, in Ferenczi: teoria e técnica, Katz, C.S.(org.), São Paulo, Editora 34.
- PINHEIRO, T. (1995) Algumas considerações sobre o narcisismo, as instâncias ideais e a melancolia, Cadernos de psicanálise, n. 15, v. 12, Rio de Janeiro, SPCRJ.
- _____. (1995) Ferenczi: do grito à palavra, Rio de Janeiro, Zahar.
- _____. (1998) A questão do superego na melancolia, Boletim de Novidades Pulsional, n. 108, São Paulo.
- _____. (1999) “Em busca de uma metapsicologia da melancolia”, in Sobre a psicose, Birman, J. (org.), Rio de Janeiro, Contra Capa.
- PINHEIRO, T. e VERZTMAN, J. S. “Comparação clínica e metapsicológica entre sujeitos melancólicos e sujeitos portadores de Lupus Eritematoso Sistêmico”, projeto de pesquisa Ipub-UFRJ e IPP-UFRJ, 2002.
- TOROK, M. & Abraham, N. (1995) “Doença do luto e fantasia do cadáver saboroso”, A casca e o núcleo, São Paulo, Escuta.
- VERZTMAN, J. S. (1997) A gramática do eu e o surgimento do sujeito ético, Cadernos do Ipub, n. 5, p. 205-219.
- _____. (1997) “Liberalismo e crueldade: um estudo sobre a noção de preferência sexual”, tese de doutorado, Ipub-UFRJ.
- _____. (2001) A relevância da psicanálise na melancolia, Arq. Bras Neurol, Psiq, Med Legal, ano 96, n. 76, jan-mar.
- WITTEGENSTEIN, L. (1985) “Investigações filosóficas”, in Tratado lógico-filosófico e investigações filosóficas, Lisboa, Calouste.

(*) La elaboración de este texto no sería posible sin la colaboración de todos los miembros del grupo de investigación coordinada por la profesora Tereza Pinheiro, en el Programa de Postgrado en Teoría Psicoanalítica de la UFRJ. También agradezco a todos los colegas del Núcleo de Estudio e Investigación sobre Acción y Sujeto (Nepas-IMS-Uerj), coordinado por el profesor Jurandir Freire Costa, por la oportunidad de discusión de su contenido. Por fin, la lectura atenta de Daniela Romão-Dias permitió su formato final.

Datos para contacto con autor

Julio Sergio Verztman
Rua República do Peru, 72/618
22021-040 Rio de Janeiro RJ
Telefax (21) 2551-5404
jverztman@uol.com.br

Publicado en: Revista *Ágora*, vol. V N°1 jan/jun, pp. 59-78, 2002.

Versión electrónica:

<http://www.scielo.br/pdf/agora/v5n1/v5n1a05.pdf>

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a News-5 Alsif